

Hernán Cortés es el héroe del poema de García Gutiérrez; mas por mucho que el poeta amontone de maquinaria alegórica, de intervenciones divinas, de descripciones pomposas, de milagros no creídos ni recordados por nadie, no vencerá jamás el sencillo relato, prosaico y hasta pedestre, de las hazañas del héroe contadas por él mismo en cartas ó referidas por testigos ó casi testigos de ellas y hasta por compañeros y colaboradores en aquellos gloriosos é increíbles trabajos. García Gutiérrez hará pues un dechado de versificación y de lengua; podrá dejarnos en su poema admirables trozos descriptivos, tal vez episodios que sean por sí y separadamente lindísimas leyendas; pero el conjunto, á no ser en virtud de un esfuerzo sobrehumano que la crítica no puede prever, será una obra artificial, anacrónica y poco leída. No es esto decir que no sea comprada: todos los aficionados á las letras la colocarán en su biblioteca y tal vez la leerán ó para hacer de ella un estudio ó para descargo de conciencia ó porque en efecto, ya que no en su conjunto en los pormenores podrá contener, como hemos dicho, bellísimos trozos de poesía descriptiva, episodios novelescos y otros primores que le den valer y agrado, pero que de seguro, jamás podrán darle popularidad.

Todavía menos de un año despues, en enero de 1837, hubo otro triunfo teatral grandísimo y en él la aparición y proclamación solemne de un nuevo y eminente poeta. Es verdad que ya había escrito para el teatro y se habían representado algunas obras suyas, pero su mal éxito ó el escaso aplauso que habían recibido, no era lo mas á propósito para sacar al autor de la oscuridad en que vivía. Habían sido estas primeras obras refundiciones del teatro antiguo ó traducciones y arreglos del francés. Las primeras obras originales del autor eran segun el gusto pseudo-clásico, cuando ya el romanticismo se había apoderado de los ánimos, y cuando empezaba con gran brio y con general aprobación la revolución literaria. Por esto, sin duda, fué desechada la *Florescinda*, tragedia regular y galo-clásica, y tal vez por lo mismo, ó mas bien por no satisfacer lo bastante el gusto que entonces prevalecía, fué igualmente desechado un drama histórico en prosa, titulado: *El infante don Fernando de Castilla*, que nunca ha sido impreso.

El autor poco dichoso de las mencionadas obras era un modesto artesano, retraído y tímido, de quien poco se esperaba. ¡Cuán grande, pues, no sería la general sorpresa, al reconocer en el nuevo drama y en época en que no se preparaban los triunfos, como en el día, una obra de extraordinario valer poético y dramático, y en su autor, don Juan Eugenio Hartzenbusch, á un egregio poeta?

El famoso crítico Larra, poco despues de aquel triunfo, dió noticia de él en un artículo que fué el último de los que escribió «Venir á aumentar, decía, el número de los vivientes, ser un hombre mas donde hay tantos hombres, oír decir de sí es un tal fulano, es ser un árbol mas en una alameda. Pero, pasar cinco ó seis lustros oscuro y desconocido, y llegar una noche entre otras, convocar á un pueblo, hacer tributaria su curiosidad, alzar la cortina, conmovir el corazón, hacerse aplaudir y aclamar.... eso es algo: es nacer; es devolver al autor de nuestros días por un apellido oscuro un nombre claro; es dar alcurnia á sus descendientes, en vez de recibirla de ellos.» Así ponderaba Larra el triunfo del nuevo poeta, justificando además y corroborando con razones críticas la justicia del fallo del público. Aquel fallo, en efecto, ha sido corroborado y sostenido como valedero hasta hoy: hace cuarenta y tantos años.

Algunos censores difíciles tendrán algo que criticar en el drama; en nuestro sentir nada hay en él que no merezca elogio. Dicen, por ejemplo, que la representación poética de tan vehementes, nobles y limpios amores como los de Isabel y Marcilla no debiera estar manchada por la sombra de otros amores criminales: los de la madre de Isabel con el Templario; pero el pecado de esta se ve ya expiado por una larga y rigurosa penitencia que hace de doña Margarita, cuando no una santa, porque el pensamiento de la honra mundana la preocupa demasiado para ello, una dama venerable que inspira interés y mueve á compasión respetuosa. Por otra parte, sin el pecado

de doña Margarita, sin la villana amenaza de don Rodrigo de Azagra, sin el tremendo peligro en que Isabel ve á su madre, sin que su madre, sino solo la casualidad se lo descubra, nada habría que justificase la resolución de Isabel y la pudiese de acuerdo con la constancia y lealtad de sus amores. Era menester nada menos que aquel móvil tan poderoso para que Isabel, no bien espirado el plazo, se casase con otro, faltando á la fe jurada. Por lo demás, la prueba mayor del mérito del drama de Hartzenbusch y la demostración patente de la delicada poesía con que está sentido y escrito, son que la leyenda en que el drama se funda es de tal modo poética que, mas bien que para un drama, parece á propósito para una breve poesía narrativa, donde queden las figuras vagas, indeterminadas y aéreas, y como perdidos sus contornos en una niebla luminosa. Mucho arte y mucho ingenio se requerían y mucho arte y mucho ingenio tuvo Hartzenbusch para que, al dar realce y cuerpo y consistencia á aquellas figuras tan poéticas y sublimes, no viniesen ellas á salvar los límites de la sublimidad cayendo en lo ridículo. Necesario era que, desde la primera escena hasta las últimas del drama, fuese el autor cautivando y hechizando el ánimo de los espectadores, infundiendo en ellos el mas elevado concepto de la pasión de los amantes, haciéndolos simpáticos y como divinamente consagrados á este amor, que era la esencia de su vida, para que sin puñal, sin veneno, sin ningún agente físico, á fin de que la muerte de ellos fuese tan santa é inmaculada como la vida, murieran ambos de amor, á la vista del público, suspenso, maravillado y conmovido; el cual comprende entonces que basta una palabra áspera del dueño amado para matar al hombre que le ama, y que ella, muerto él, puede y debe morir en seguida como muere.

Sucede en este drama, ó mejor dicho, se emplea en él, una vez aceptado el asunto, un procedimiento contrario al que suelen emplear los autores para obtener éxito ruidoso. En vez de imaginar una situación final ó culminante de grande efecto en el teatro y de prepararlo todo para llegar á ella, fiando en ella el triunfo, aquí es menester esmerarse en las situaciones anteriores, á fin de justificar la final que ya no es dramática, de puro sublime. De aquí lo indispensable de que todo el drama esté lleno de poesía, como lo está, y de que se respire en todo él un ambiente sereno y puro, un perfume caballeresco y cristiano, y como el ideal mas alto de perfección á que pudo elevarse el espíritu en los siglos medios.

La pasión etérea de los dos amantes se prestaba además muy poco al movimiento escénico, y el talento dramático del señor Hartzenbusch brilla y se esmera en idear episodios y lances, tan enlazados con la acción principal, que no distraen un momento de ella, sino que la hacen mas interesante y viva, produciendo al mismo tiempo efectos y movimiento en la escena de extraordinario poder. Así la conjuración contra el rey moro de Valencia, descubierta por Marcilla cautivo, el enamoramiento de Zulima, y sobre todo el cuadro segundo del tercer acto, cuando, atado Marcilla á un árbol por unos bandoleros, oye sonar las campanas de Teruel que anuncian que espira el plazo: cuadro que termina con el hermoso y apasionado diálogo entre el padre y el hijo, donde, no sin razón, veía Larra ejemplos de lo sublime que pueden citarse al lado del *qu'il mourut* de Corneille.

Despues de esta obra maestra, Hartzenbusch, que no ha dejado de ser fecundo y laborioso, ha escrito otras, pero tal vez ninguna merezca tanto como *Los amantes de Teruel*, á no ser *Doña Mencía ó las bodas en la Inquisición*, drama estrenado á fines de 1838 en el teatro del Príncipe. Quizá por la ejecución valga mas este drama que *Los amantes de Teruel*; el argumento se desenvuelve naturalmente y viene á terminar con tal verosimilitud en la espantosa catástrofe, que la hace aun mas conmovedora. El carácter de doña Mencía está admirablemente pintado, haciendo de esta mujer un personaje vivo é individual, cosa que solo los grandes poetas dramáticos alcanzan. Admirable y llena de verdad es la transición, dado aquel carácter apasionado, de su severidad penitente y fanatismo religioso á su amor mundano por un galán.

Acaso algun crítico sutil quiera ver en el reconocimiento de que don Gonzalo es padre de doña Mencía, cuando ya se

ha casado con ella, y de que ella es la hija bastarda y no Inés, algo como castigo providencial del orgullo de doña Mencía, de su aspereza y malos tratos para Inés, y de su condición un tanto disimulada y aviesa; pero doña Mencía es un personaje interesante y simpático; lo que podría haber ó había de torcido y perverso en su carácter resulta, tal al menos nos parece que fué la mente del autor, de la educación que á ella dieron y no de su ser propio. El castigo, por consiguiente, si fué castigo fué extremado. Además ¡por qué había de comprender este castigo á don Gonzalo, cuya culpa era liviana, y mas que maldad implicaba inconsistencia y debilidad de carácter? Feo es dejar á una novia y enamorarse de otra; pero no habiendo grandes compromisos contraídos y si muchos obstáculos que superar, el pecado es frecuente, y no pasa por muy terrible á los ojos del mundo. ¿Quiso probar, quiso enseñar alguna otra cosa el señor Hartzenbusch? ¿Sostuvo acaso la triste creencia de que una ciega é inflexible fatalidad dirige los acontecimientos humanos? ¿Trató tal vez de pintar con colores téticos y sombríos nuestra civilización intransigente y fanática y nuestra sociedad llena de aspereza y extremada en crímenes y en virtudes, igualmente inhumanos, del siglo XVII, y para ello inventó fábula tan terrible, sumando á Edipo con la Inquisición? ¿Quién sabe? Acaso Hartzenbusch sintió todo esto sin reflexionarlo. Tal es la fábula de la verdadera inspiración: el ser irreflexiva casi siempre; el dejarse llevar por la corriente de la pasión que en un momento dado arrastra á casi todo un pueblo. Quizá, por último, Hartzenbusch siguió la máxima de la primitiva escuela romántica, esto es, la de *el arte por el arte*; máxima muy en moda durante algunos años, hasta que hemos venido, hace poco, al extremo opuesto; pues considerando la lección moral propósito modesto y mezquino, los autores dramáticos tiran á resolver en cada drama un problema social, cuando no de metafísica ó teodicea. Malo es esto; lo mejor es que el poeta no ponga como fin y objeto de su drama una demostración. Si por esto se entiende *el arte por el arte*, del arte por el arte somos partidarios; pero nunca hasta el punto de que el poeta con indiferencia olímpica y fría promueva las cuestiones mas temerosas y nos deje en duda sobre lo que piensa y cree acerca de aquello que mas desvela y agita la mente humana.

A pesar de los defectos indicados, creemos que *Doña Mencía* es casi tan bello drama como *Las amantes de Teruel*, y el éxito mayor que obtuvo fué debido á su mérito, si bien pudo haberle en parte además á que halagaba las pasiones populares de entonces, pintando con colores negrismos la sociedad fanática y el áspero modo de vivir en España bajo los reyes austriacos.

Las demás obras dramáticas de Hartzenbusch, aunque de valer inferior á las dos citadas, son estimables todas, así por la corrección del estilo, como por lo bien trazado del argumento y la pintura de caracteres. Los dramas de Hartzenbusch valen sin embargo mas que sus comedias. Se cuentan entre sus dramas originales *Honoraria*, *La madre de Pelayo*, *Vida por honra*, *La jura en Santa Gadea*, *El bachiller Mendarias*, *Primero yo y Alfonso el Casto*.

Este último drama, estrenado en 1841, es el mas celebrado de todos los suyos, despues de los dos que citamos ya, si bien algunos censores, harto severos, culpan al autor de que fundase la castidad del rey don Alfonso en el amor incestuoso que sentía por su hermana Jimena, y con el, cual dicen que calumnia la veneranda memoria y afea la noble figura de dicho rey. No queremos pasar por laxos y relajados en asuntos morales; pero nos parece que toda pasión, por horrible que sea, cuando el que la siente sabe dominarla y vencerla, venciendo y dominándose á sí mismo, redunda en gloria del apasionado, en vez de ser causa de su descrédito y desdoro; y casi nos inclinamos á creer que la castidad de don Alfonso, fundándose en un amor que supo vencer á costa de nobles sacrificios, es mil veces mas interesante y mucho mas novelesca que si en otra razón ó motivo se fundase. Nada pierde pues el rey don Alfonso el Casto en que Hartzenbusch le suponga en lucha con aquella pasión; y al suponerle, por último, hace uso de una libertad poética muy lícita, en nuestro sentir, y nada

comprometida para nadie, porque si bien sería absurdo, sin que la historia diese el mas leve indicio de ello, suponer en un rey ó en otro cualquier personaje de época mas moderna, cuya vida debe conocerse hasta en sus pormenores, un caso de tanta trascendencia, en don Alfonso el Casto, que vivió tantos siglos há, que participa del carácter legendario que tienen los héroes que le rodeaban, como el conde de Saldaña y Bernardo del Carpio, en quienes la imaginación popular ha fingido lo que ha querido, bien puede la misma imaginación, aunque sea valiéndose de un singular poeta, añadir á la ficción un rasgo mas y realzar con nuevos adornos la leyenda.

Como poeta cómico no es Hartzenbusch, ni con mucho, tan eminente; pero la pureza y corrección del lenguaje, el modo magistral de desenvolver la fábula y la franca alegría del estilo han hecho casi siempre que merezcan sus comedias el favor del público, como la *Visionaria*, en 1840, *La caja y el encojido*, en 1843, y *Juan de las Viñas*, en 1844.

En otro género de composiciones dramáticas, desdeñado sin motivo, pues no hay género en que no se puedan hacer cosas bellísimas, si el autor tiene talento para ello, ha logrado Hartzenbusch los éxitos mas ruidosos y merecidos. Hablamos de las comedias de magia. Serán un tejido de disparates, pero es menos llano de lo que parece tejer disparates con gracia; y no basta solo la gracia, sino que es menester cierto encadenamiento dialéctico é ingenioso, que funde en razón y preste completa verosimilitud estética á los mas extraños prodigios, una vez concedida la existencia de los poderes sobrenaturales que los hacen. Como quiera que ello sea, no ha de ser tan fácil de hacer una buena comedia de magia cuando, despues de *La pata de cabra*, apenas si hay otra alguna mas que *La redoma encantada* de Hartzenbusch, que se haya vuelto á representar y que se represente hasta hoy, siempre con aplauso y contento del auditorio.

Hartzenbusch, como poeta lírico sube á menos altura que como poeta dramático, pero todos sus versos son estimables, y mas que todos su traducción ó mas bien paráfrasis de *La campana* de Schiller, donde ha sabido trasladar, mas fiel al espíritu que ciegamente atendido á la letra, aquellos admirables sentimientos religiosos, morales y sociales, aquellos cuadros animados y hermosos, y aquellas imágenes de la vida humana, que avaloran la joya mas rica quizá de que puede gloriarse el espléndido tesoro de la moderna poesía germánica.

Ha compuesto asimismo Hartzenbusch muchas fábulas morales, logrando en ellas aproximarse al candor, sencillez y fuerza descriptiva de estilo de las que compuso Samaniego. De las que Lessing escribió en prosa, también ha traducido en verso bastantes.

No es inferior á los versos la prosa de Hartzenbusch. De ello ha dado muestra, así en escenas de sus dramas como en comedias enteras escritas en prosa. Sus cuentos y novelitas cortas son también lindísimos; y sin duda que, si en España hubiese mejor gusto y se mirase y velase mas por la primera enseñanza, no una, sino muchas ediciones se hubieran hecho ya de los cuentos y fábulas de Hartzenbusch, como lectura apropiada, por lo discreta é inocente, para los niños en las escuelas.

Hombre Hartzenbusch estudiosísimo, de muy feliz memoria, de recto juicio y delicado gusto, ha sido, despues de Duran, uno de los que mas han contribuido á que se estudie de nuevo, se estime y se venere entre nosotros la literatura española de los siglos XVI y XVII, sobre todo, nuestro teatro. Hartzenbusch ha hecho nuevas ediciones de autores, las ha corregido y anotado hábil y doctamente y ha escrito sobre ellas excelentes juicios. Tal vez en las enmiendas y correcciones al *Quijote* haya ido, en alguna ocasión, mas allá de lo justo; pero se le perdona, merced al amor y á la ingeniosidad y sutileza con que lo hace, prendas que, si no convencen, seducen y enamoran.

A los pocos días de la aparición de Hartzenbusch como astro radiante en el cielo de nuestra literatura, ocurrió un suceso extraordinario que conmovió á todo Madrid, y que dió ocasión, verdaderamente romántica, á que apareciese ante el público y se hiciera desde luego famoso, el mas romántico de todos nuestros poetas.



El articulista popular tan amado del público, el autor del drama y de la novela de Macías el enamorado, quiso imitar é imitó en acción, y mas allá de lo que pudiera recelarse del desenfado de sus escritos, al propio Macías. Larra, movido de una pasión amorosa y exasperado por el abandono de la mujer querida, puso fin á su existencia el día 13 de febrero de 1837. Grande fué la emoción que produjo el inesperado suceso en los ánimos de los numerosos amigos del escritor, crítico y poeta, y en el público de Madrid en general, agitado entonces y como con fiebre por la larga y sangrienta guerra civil y por el fermento de ideas revolucionarias, así en política como en literatura. Al suicida se le hizo un entierro con mas pompa pagana que católica, y en el mismo campo-santo, antes de poner el ataúd en el nicho, se pronunciaron elogios en loor del finado. Despues, y aquí dejamos hablar á un testigo ocular, al señor Mesonero Romanos, «se adelantó con tímido continente un jóven, un niño aun, pálido, macilento, de breve persona y melancólica voz, pidió permiso para leer una composición, y obtenido, hízolo de un modo solemne, patético, en aquellos versos que empiezan:

Ese vago clamor que rasga el viento  
Es el son funeral de una campana....

Aquella sentida composición sorprendió á los circunstantes; aquel niño inspirado hizo vibrar las fibras de nuestros corazones, y el nombre de José Zorrilla, circulando de boca en boca, consiguió inspirar desde aquel instante las mayores simpatías. Segun el mismo Mesonero Romanos, el nombre de este poeta y su gloria se elevaron á poco á la misma altura que los de Víctor Hugo en Francia y le conquistaron el puesto de nuestro primer poeta popular.

Añade, sin embargo, Mesonero Romanos, como en son de censura: «La profunda influencia, empero, que la aparición de este grande ingenio ejerció en todos los cultivadores del arte, acaloró las cabezas de nuestros jóvenes poetas, que, si bien con honrosas excepciones, dejáronse subyugar, por lo general, en servil imitación, y exageraron por sistema lo que en aquel era obra de un instinto excepcional; esforzaron su ingenio en aberraciones infinitas; poblaron nuestra atmósfera poética de lígubres y fantásticas visiones, cuadros sanguinolentos, víctimas y verdugos, castillos feudales, buhos agoreros, puñales y venenos, féretros y responsos, en vez de las zagalas, pellicos, cayados, apacibles florestas y mansos rios, que escucharon en otro tiempo

el dulce lamentar de dos pastores,

é influyeron de tal modo con aquellas tétricas composiciones en la tendencia, en la inclinación y hasta en el aspecto de nuestra sociedad literaria, que hubo momentos en que mas semejaba esta á un manicomio, que á cosa seria y de gente formal.»

En efecto, el vértigo, el delirio, la exageración romántica llegó á su colmo por aquellos años. Apenas se concibe que subiera á tal punto su furor si no nos diesen testimonio de ello los escritos satíricos que contra el romanticismo se escribieron entonces, y entre los cuales descuellan, como los mas graciosos, las dos lindas comedias de Breton, tituladas *Todo es farsa en este mundo* y *El hombre pacífico*, y el artículo de Mesonero *El romanticismo y los románticos*.

Harto difícil es dar en pocas palabras y con rasgos exclusivos y característicos un concepto ó retrato de la nueva escuela y de cómo se manifestó principalmente en España. En nuestro sentir, sus mayores defectos, así como sus mayores bellezas, manan de la misma fuente; de un estro indómito y fundado en cortísimo saber, con el cual, cuando se acierta, es que se adivina, por donde tiene el acierto un no sé qué de maravilloso que raya en sobrenatural, y muchas veces, cuando se delira, es porque se ignoran ó se reciben en la mente enmarañadas y confusas mil ideas nuevas, que vagan por el aire; así es que doctrinas malsanas, ya de un feroz escepticismo, ya contrarias al estado social, ya pesimistas, ya del materialismo y del realismo mas grosero, ya de un vivo fervor católico, fundado en la negación de la razón humana ó en su supuesta incapacidad para descubrir lo verdadero y lo

bueno, todo esto y mas aparece casi siempre inconscientemente en los versos románticos, antes de que aparezca con plena conciencia y de un modo dialéctico, ya en libros en prosa, ya en poetas, que vinieron despues, acaso con mas saber, pero menos inspirados y espontáneos sin duda.

Hace años ya que el mismo que escribe estas páginas publicaba un juicio del romanticismo español muy semejante, casi igual, al que forma de él en el día. De este juicio pondremos aquí algunos extractos. «El romanticismo, decia, podia ser católico ferviente, incrédulo y blasfemo, amoroso y blando, terrible y endemoniado, y todo á la vez. El toque para ser romántico consistia principalmente en renegar de las divinidades del Olimpo; en hablar de Jehovah, ó en no hablar de Dios alguno; y en poblar el mundo, no ya de dioses y semi-dioses paganos, sino de ondinas, huries, brujas, sílfides y hadas, ó en dejarle vacío de toda apariencia que no fuese natural y conforme el testimonio de los sentidos.

»El poeta no escribia ni debía escribir por arte, sino por inspiración; su existencia debía tener algo de excepcional y de extravagante; hasta en el vestido se debía diferenciar el poeta de los demás hombres; y el universo mundo le debía considerar como á un apóstol con misión especial que cumplir en la tierra. Víctima de su misión y de su genio, no comprendido por el vulgo, el poeta debía ser infeliz, debía ser una *planta maldita con frutos de bendición*. En sus amores, debía aspirar el poeta á un ideal de perfección que nunca se realizase en el mundo, ni por asomo se hallase en mujer alguna, y sin embargo, amar á una mujer con delirio, imaginando ver en ella á la maga de sus sueños, á la paloma del diluvio y á la *rosa de Jericó*; mas al cabo debía *palpar la realidad*, conocer lo vulgar del objeto de sus amores, maldecirle y menospreciarle, y llorar sus *ilusiones perdidas*, ya blasfemando de Dios y de sus santos, ya echándose á los pies de los altares y entonando plegarias á la Virgen y á Jesucristo.»

»Otra de las manías de los románticos, presentada de mil maneras diferentes, consecuencia del malestar y agitación de los espíritus y presentimiento del socialismo, era la idealización de los hombres patibularios y la creencia de que sus crímenes se debían imputar, no al destino inflexible, no á alguna divinidad malévolá, como ocurría en la familia de Atreo, en Medea, Mirra, Fedra y otros héroes y heroínas del gentilismo, sino á la sociedad mal organizada y á la grandeza de sentimiento de los tales héroes, á quienes esta mezquina sociedad les venia estrecha.»

Debe señalarse, por último, como notable defecto de los románticos, el de la verbosidad, que ellos llaman vaguedad, porque la pompa y majestuosa armonía de las palabras no encubre lo vacío de sentido. Nuestra lengua puede expresar los pensamientos con toda la concisión deseable, y muchos poetas españoles suelen ser concisos; los romanceros, sobre todo, y los mismos poetas románticos, cuando escriben romances.

Aquí viene, en el antiguo juicio ya citado, cierta censura que nos parecería severísima, si se aplicase á los grandes poetas de la escuela, pero que no raya ni con mucho en severidad y queda dentro de límites razonables, si se aplica á todos y principalmente á los imitadores y sectarios del mismo orden. Decia, pues, el juicio, que dichos poetas «cuando escriben odas, ó se dan á filosofar, como á menudo no saben siquiera lo que van á decir, ni entienden lo que dicen, arman una jergonza y estruendo hueco, que acaso halague los oídos, pero que siempre se resiste á la traducción en una lengua extranjera, y hasta á una traducción en prosa y gramatical, hecha en nuestra misma lengua castellana.»

El deseo de mostrarnos verdaderos é imparciales, como deben serlo los que escriben historia, y no el prurito de denigrar singularmente á nadie, nos lleva á hacer las anteriores observaciones y nos mueve á estampar las que siguen. En España, segun hemos dicho ya, se abrió de nuevo el cauce cegado de la corriente del ingenio, á la muerte de Fernando VII ó poco antes; y con la nueva era de libertad y con la agitación revolucionaria en todos sentidos, muchísimos se dieron ó nos dimos á escribir sin la preparación conveniente: unos no habian

estudiado absolutamente nada y, ó seguían ignorantes ó iban estudiando y aprendiendo, conforme enseñaban y escribian: otros, ya en la conversacion y por vagas lecturas, ya tal vez, aunque estos eran los menos, en virtud de largos estudios, llegaban á saber de ciencias, de todo género de erudición y hasta de filosofía; pero, cosa singular, los rudimentos, la primera enseñanza, que se daba muy mal en España, la misma gramática, por ejemplo, no llegaban á aprenderse á menudo, cuando se aprendían, sino allá hacia el fin de una brillante carrera. Con esto solían ser nuestros autores como Homero, Hesiodo, Herodoto y tantos otros, que escribieron sin conocer la gramática, porque la gramática entonces no existía, hasta que á algunos sofistas desocupados se les antojó afirmar que los nombres eran femeninos, masculinos y neutros, é inventar otras no menos alambicadas sutilezas; pero, fuerza es convenir que cuando no se es ni Homero ni Hesiodo, y se ignora hasta la gramática, es harto mas difícil acertar con el oficio de escritor y sobre todo con el de poeta, si bien, cuando se acierta, resplandece en los aciertos una espontaneidad sobrehumana, que raya en lo divino, y que no podrá soñar en tener nunca el que es poeta con arte y estudio.

Y no se crea que exageramos aquí las cosas á fin de aparecer paradójales. No solo se ignoraba á veces hasta la gramática sino que se hacia gala de ignorarla ó de olvidarla. Un poeta popularísimo, ingeniosísimo, fecundo y adorado durante muchos años por el público, llegar á decir, en el prólogo á las poesías de un amigo suyo, que *la gramática es un código convencional inspirado por la senectud*, con lo cual justifica que, *no solo la encerremos con seis llaves, sino que procuremos olvidarnos hasta de su existencia*.

Cualquiera pensaria que en virtud de este odio hasta á la gramática, por amor á lo sencillo y espontáneo y por poner el valor de la poesía en el fondo y no en la forma, la poesía romántica hubo de brillar siempre por una sencillez notable; pero sucedió á menudo lo contrario; que salía sobrecargada de adornos, que se extremaba en artificios, lindezas y combinaciones de metros y de rimas, y que, en la dicción, en los conceptos y sentencias y hasta en las imágenes, solía caer en un culteranismo inculco y desenfrenado.

En medio, no obstante, de todos estos defectos, ó ya por algun estudio ó ya por adivinación ó ya por el esfuerzo de cierto entusiasmo maravilloso, el romanticismo hizo surgir, de entre las nieblas de lo pasado, un mundo ideal de poesía, castiza y propia de España, y nos dió en Zorrilla un verdadero genio que no habia tenido igual desde Calderon hasta entonces. Como no se ve, como nadie atina á descubrir el venero misterioso de donde fluye su inspiración, hay en ella algo de inexplicable prodigio. El mundo que crea no está en lo pasado ni en el porvenir ni en lo presente: es un mundo ideal que hiere, sin embargo, y conmueve los corazones, como las cosas mas reales. Poeta Zorrilla lírico, épico y dramático, siempre es el mismo, en sus cantares, dramas y leyendas. Algo toma de libros viejos, y mas toma aun de la tradición oral; pero lo trasfigura todo con la virtud plasmante de su fantasía, y lo reviste y renueva con peregrinas y nunca vistas galas y lo envuelve como en nube de oro. La gloria de Zorrilla, que vive aun y que vivirá siempre, se alzó desde el principio á su mayor altura: desde la publicación de su primer tomo de poesías, hecha en el mismo año de 1837.

Otro hombre, tambien de mérito extraordinario, menos romántico que Zorrilla por la imaginación, pero mucho mas romántico por el sentimiento delicado aunque enfermizo, hombre de mas saber y de cierta hondura mística de pensamiento, aunque harto menos fecundo y fácil, puso un prólogo entusiasta á dicho primer tomo de poesías. En él, con espíritu fatídico y como profético habla de la gloria adquirida ya por el poeta y se la anuncia inmensamente mayor en lo venidero. El prologuista fué el ilustre don Nicomedes Pastor Diaz, y nada nos parece mas propio para pintar la efervescencia de entonces y el entusiasmo poético que conmovia á las almas, que citar aquí algunas frases ó párrafos del elocuente prólogo. «Los acentos, dice, del nuevo bardo sorprendieron desde luego y arrebataron. Agitado de la calentura del genio y de la maravillosa fecundidad de que le ha dotado el cielo, en

pocos meses ha lanzado al público una multitud de composiciones que no pasaron efímeras como la mayor parte de las fugitivas producciones de nuestros días ó conocidas solo de los inteligentes como las de épocas anteriores. Recibidas, ora con admiración, ora con extrañeza, ora con entusiasmo, ora con desagrado, segun las ideas y carácter de cada uno, no lo han sido nunca con indiferencia. Leídas y releídas, decoradas y oídas y recitadas por todos, el ansia con que se buscan en los periódicos, donde se publicaron algunas, ha obligado á recogerlas en la presente colección. Y no solo en elogios y alabanzas ha consistido su popularidad. Tambien son ellas las que mas críticas é invectivas han suscitado; tambien han sido parodiadas, y puestas en ridículo é imitadas por malos poetas, que es la mas infeliz parodia; tambien han sido tachadas de inmorales, de incomprensibles y hasta equiparadas en algun artículo de periódico á los discursos de varios célebres oradores de nuestras actuales Cortes. Pues bien: esta novedad y admiración, estas sátiras é invectivas, estas imitaciones de la medianía y estas hostilidades de la envidia son el grande éxito, la corona del talento, el sello de la especialidad. Parece que nuestra época se afanaba en producir un poeta que estuviese á su nivel y en armonía con ella, que fuese como el representante literario de la nueva generación, de sus ideas, de sus sentimientos y creencias: varios jóvenes, al parecer con esta esperanza y con éxito mas ó menos feliz, se habian presentado hasta ahora en la escena, y el público no dejó de vislumbrar en ellos ráfagas de nueva luz, y sentir aliento de nueva vida; pero á la aparición de Zorrilla ha visto ya el oriente de un astro muy luminoso. Tibios todavía sus primeros rayos han despertado á su derredor todo un hemisferio de poesía, y si aun no ha nacido el sol, estrellas muy resplandecientes se eclipsaron ya ante su brillante crepúsculo. Si sus preludios marcan una aurora, sus cantos sellarán una época; si su aparición ha sido fatídica, su poesía será providencial; si el eco de su voz ha sobrecogido y su primera inspiración fascinado; muy trascendental y poderosa será la influencia que debe ejercer y mas anchurosa de lo que se cree la esfera de acción en que debe obrar su impulso.»

Todavía, en este prólogo que citamos hay algo de mucha mas importancia y que, en medio de su nebuloso lirismo y hasta por este lirismo nebuloso, retrata con mayor viveza la situación de los espíritus entonces. La juventud literaria, hasta en aquellos que mas habian estudiado y sabian, como en Pastor Diaz, autor del prólogo, mostraba aborrecimiento y desprecio al saber y á los estudios. El escepticismo la habia lanzado en un misticismo vago y sobrado inexplicable. La ciencia y la filosofía no podian descubrirnos la verdad ni darnos consuelo: solo la inspiración, solo la poesía era capaz de tanto. El raciocinio, el discurso no valian de nada: todo lo bueno, toda verdad y belleza debian alcanzarse por intuición y adivinanza. De aquí que el filósofo, el erudito y el hombre científico, apenas eran dignos de comprender al poeta: el pueblo era quien habia de comprenderle. Rompiendo con lo pasado, desdeñando una ciencia, que de poco habia valido hasta entonces, el poeta debía ser el nuevo hierofante de la humanidad y enseñarle y abrirle no trillados caminos. Por ellos guiaria el poeta á los hombres, atraídos por el son de su lira, á la nueva tierra de promisión, que no se descubria aun en el desierto del mundo. Segun Nicomedes Pastor Diaz, mucho mas progresista entonces, aunque progresista místico, de lo que mas tarde fué, á la musa de Zorrilla estaba reservado pintar los prodigios de la tierra de promisión y rasgar el velo á cuyo través no se traslucía entonces ni vagamente. «Tú solo, le dice, serás capaz de realizar en tus proféticas creaciones ese apocalipsis de la inteligencia, esa época de organización y de armonía, en que la grandeza de los antiguos tiempos se multiplique por la belleza y progresos de la civilización moderna, despojada esta de su egoísmo, como aquellos de su barbarie; en que una ley universal de justicia, sabiduría y libertad, reuna en una comun familia á las naciones, ahora aisladas, y en que una religión de amor y paz realice sobre la tierra el glorioso destino á que la humanidad es llamada. Sí, poeta. Tal vez tus versos nos pinten lo que los políticos no se atreven á calcular; tal vez á tu canto se revele lo que á la